

Un nuevo género de esclavitud

M. R.

Hace unos años Viviane Forrester anunciaba que, en esta nueva sociedad de la libertad del mercado y del capitalismo furioso, bajo su omnímodo imperio aparecerían los nuevos pobres, los *sin trabajo*, que ya no tendrían ni siquiera *el derecho a ser explotados*. El discurso de la periodista francesa en *El horror económico* parecía exagerado. Se la tildó de panflecionista y carente de todo fundamento económico o científico. Sin embargo, los hechos se han encargado de demostrar que sus sombríos pronósticos eran un pálido reflejo de lo que se avecinaba.

Véase por ejemplo el caso argentino: ¿cuántos millones de personas desearían ser *explotados* por un jefe exigente a cambio de un magro sueldo que les permitiera sobrevivir? Los profesionales estarían dispuestos a ser subempleados en trabajos manuales con tal de poder alimentar a los suyos: pero ni esas mínimas pretensiones tienen cabida en la realidad de cierre de empresas a un ritmo de destrucción de todo el entramado industrial de un país que fue hace unas décadas una promesa de futuro brillante para el que nada resultaba imposible. En estos momentos, la diáspora de desesperados a los que se les ha robado su futuro y que salen de su país en pos de una colocación donde

sea, como sea, por cuanto sea, con tal de comer, recuerda la descripción de los excluidos del mundo del trabajo que denuncia Forrester. Después de confiar en las bondades de las privatizaciones de empresas –rentables o históricamente deficientes–, y de dejar el destino de todo un país en manos del ciego mercado, el liberalismo a ultranza ha pasado factura a todo un pueblo, que debe pagar ahora los desaguisados de unos pocos pero muy aviesos políticos corruptos, los que han pactado la entrega al capital.

Pero no debemos pensar que Argentina está demasiado lejos: la globalización es universal y tarde o temprano nos afecta a todos. Es un aviso para caminantes: los excluidos también crecen de forma silente en nuestro mercado de pingües beneficios empresariales. Y si no, pregúntenselo a los licenciados que buscan su primer trabajo y que, a pesar de master, cursos en el extranjero y hasta buenas calificaciones, o aceptan sueldos simbólicos que apenas superan el mínimo interprofesional o pasan a engrosar la masa de los excluidos; o a los que, por temor a perder su empleo, sufren en silencio todas las formas posibles del acoso moral bajo la amenaza de perderlo; o a los médicos que son contratados con sueldos

de risa –aunque en verdad provocan llanto– por empresas privadas que gestionan residencias de ancianos con abultadas ayudas públicas; o a los mayores de cincuenta años a los que sus empresas liquidan después de una vida de entrega laboral.

La encarnizada lucha por la supervivencia que impone el mercado con sus leyes inexorables, libre para hacer y deshacer el destino de los seres hu-

manos, está creando un nuevo género de esclavitud, del que sólo se salvan los más agresivos, los que no tienen ningún empacho en aplastar al otro con tal de sobrevivir; no precisamente los mejor formados ni los que son mejores personas. Ya lo decía Darwin, pero siempre pensamos que la ley de la selva debía limitarse sólo a las fieras salvajes, no a los seres humanos. ■